



ojo escrutador como los insensibles progresos del error.

No obstante, quedó en el corazón de los árabes un fondo de verdad. Dios había prometido á Abraham y á Agar, que un numeroso pueblo nacería de la descendencia de Ismael. La Circuncisión, señal de su antiguo origen, le distinguía entre todos. Le aguarda un destino especial; pero en vez de dirigirse hácia Dios y prepararse á la venida del verdadero Mesías,

prometido á su padre, los árabes caen en la idolatría; y cuando de entre ellos se levante el falso Mesías para predicar el *Islam*, estarán dispuestos á seguirle. Fieros é indomables como el chacal del desierto, escucharán su voz y cumplirán lo que había sido predicho á Ismael en la tienda de Canaan: «Levantarán su mano contra todos, é instalarán su tienda frente á la de sus hermanos.»

EPOCA SEGUNDA

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

La India.—Situación geográfica.—Orígenes.—Tradiciones y creencias

Ni un solo verdadero dato histórico, dice un ilustre historiador, conservamos de la India. Los orientalistas, la moderna crítica, los sábios ingleses, los heróicos misioneros, han estudiado, con esfuerzos laudables de todo elogio, los secretos de este pueblo.

Existen grandes tesoros literarios, religiosos, jurídicos, políticos y artísticos, grandes códigos, notables dramas, poemas renombrados, sistemas filosóficos distintos; pero un hecho histórico indubitable, dice Rorbacher (1), no le encontramos en la historia antigua de la India. El pasado de este pueblo, como los secretos todos del Oriente, forma hoy el tema de los más renombrados orientalistas, indagándose con afán por sábios europeos, singularmente ingleses y alemanes, el contenido de todo de la civilización india. Laudables son investigaciones de tanto precio, que nadie, así el ilustre Rorbacher como nosotros, humildes admiradores de

(1) Lo que admira desde luego en este imperio de filósofos, en esta riqueza literaria, es la ausencia de toda historia. No hay ninguna época ni personaje histórico. Esto es hasta el presente un caos informe y tenebroso. En medio de esa multitud de libros que los brahmanes poseen, y que la ingeniosa perseverancia de los ingleses ha llegado á conocer, no existe nada que pueda instruirnos con orden y concierto sobre los orígenes de su nación, sobre las vicisitudes de su sociedad; pretenden también que la religion les prohíbe conservar el recuerdo de lo que pasa en la edad actual, en la edad de la desgracia.

la sabiduría católica del citado autor, nos atrevemos á poner en duda ni á negar en un solo punto su verdadera importancia; mas de aquí á inclinar respetuosamente nuestra razón ante el secreto de la India, como ante el santuario de la humanidad, y á considerarla como centro y origen de la religion y ciencias, media una distancia infinita, que el pensamiento católico y la crítica racional no pueden salvar sin incurrir en la admision de los más peregrinos errores.

La literatura y sabiduría indias nos ofrecen los más palpables caracteres de una civilización heredada; las huellas de las primeras doctrinas reveladas, encubiertas bajo el misterioso velo de la más variada y rica fantasía. En vano, pues, el orientalismo, con su crítica filológica, intentaría negar su paso á la razón católica, que ha señalado estas huellas como testimonio irrecusable de la identidad de doctrinas y creencias entre la India y los pueblos primitivos descendientes de Noé. La idea de la Creación, del diluvio, de la eternidad y de las penas, no son sino débil y corrompido eco de las verdades reveladas.

En estos últimos años son muchos é importantes los trabajos publicados acerca del Oriente, habiendo adelantado notablemente estos descubrimientos el conocimiento de la China y de la India desde la época de César Cantú hasta el presente. Así en el texto como en los apén-



dices de los tomos sucesivos, procuraremos dar idea de las más notables investigaciones modernas.

Son dignos, en especial, de todo elogio los eruditos trabajos de Chezy, Lenz y Bochtlingk y varios misioneros católicos, cuyas investigaciones andan diseminadas en folletos y revistas.

Las paradojas, hasta poco há triunfantes, de encerrarse en el seno civilizado de la India una religión más pura que la de Jesucristo, no son hoy ante la ciencia más que sueños impíos de pensadores tan audaces como innovadores orientalistas. La ciencia ha descorrido el velo de las supuestas antigüedades; veamos algo del espectáculo que esta región nos ofrece.

La India, que era ya en lo antiguo, á causa de sus preciosos productos, el centro del comercio de carabanas y marítimo, goza por su alternativa de país de costa interior, de tierra alta y baja, una grande variedad en clima, producciones y costumbres; está limitada al S. por el mar, y al N. y de ambos lados al NE. y NO. por las montañas más elevadas de la tierra, entre las cuales sobresale el Himalaya, en una extensión de cuarenta millas con su cumbre principal el Dhawalagiri; forma la India un continente geográfico, climática é históricamente cerrado, destinado por la naturaleza para desenvolver en su seno interior una cultura enteramente peculiar. Estas gigantescas masas con sus copas nevadas y la tierra llana, forman mediante los descensos de las montañas, en dirección todos al Mediodía, un país escalonado, por el cual bajan los principales ríos que tienen sus nacimientos en el Himalaya (de las nacientes al N., el Indo y el Sultetsch; de las nacientes al S., el Jamuna, el Ganges y el Brahmaputra), y desaguan en los mares al SO. Forman sus límites al S., la cordillera Brahu con el país alto, el Relat; los límites al E., el país tan enriquecido por la naturaleza, el Assam. El país bajo indio se divide en *Indostan propio*, ó tierra entre el Indo y el Ganges; se extiende desde el Himalaya hasta los montes Biudhaya, intransitables, cubiertos de espesas selvas y poblados de animales feroces, que se prolongan desde el mar Occidental hasta el Oriental; y en

el país alto en forma de mesa, el Delcan, situado bajo el trópico.

El Indostan Occidental comprende las tierras inmediatas al Indo, con el país de los cinco ríos (Perdschab) cuyos pueblos actuales, mahometanos la mayor parte, descienden de los antiguos indos. El Indostan medio, cuyo suelo es muy feraz, con el río sagrado, el Ganges, era asiento principal de la cultura, religión, industria y estado sacerdotal de los indos. Aquí se encontraban las principales ciudades de las India; á las márgenes del Ganges, las capitales de las primitivas dinastías, Hastinapura y Pratisthana con su antigüedad y magnificencia, y Benares, centro de la ciencia y de la cultura india; á las orillas del Jamuna, la antigua Indraprasta, antecesora de Delhi, la ciudad de Khischna, Mathura y Agra, antigua córte, hoy reducida á ruinas. En la confluencia de los dos mencionados ríos, asienta la ciudad de peregrinación, Altahabad, uno de los muchos lugares de romerías religiosas de los indios. El Indostan Oriental comprende el país feraz y muy poblado, llamado Biliar, lleno de antiguas memorias indias, encontrándose en él las ruinas de la capital, algun día floreciente, Palibothrac, en la confluencia del Conal con el Ganges, más arriba de la moderna Patras, y en la parte del Mediodía comprende el territorio bien regado y de una prodigiosa fertilidad, pero húmedo, caluroso y relajador, Bengala, con su capital Calcuta.

La península Dekan comprende el país alto interior, cortado por valles surcados de torrentes y profundas quiebras, y el país bajo y feraz que se dilata hácia las costas. El primero encierra: 1) El Paudja, de suelo feraz, con el río Kaveri y el promontorio Cumari (Comorin), célebre por la pesquería de perlas; se observan aquí ruinas de antiguas ciudades y templos (pagodas) de la antigua córte de los Rajas. Tonjore. 2) El Misore, de suelo montañoso y poblado de bosques con la célebre capital de Tipposahibs y Hydralis, Seringapatam. 3) El territorio de Río Kistena (Krischna) con el antiguo reino de Carnate, en cuyo suelo, y no lejos de la actual residencia de los Rajas, Heiderabad, se encontraban las celebradas minas de diamantes



de Golconda, y las construcciones en roca viva llamadas de Elora. 4) El territorio de Godoweri, el río más al Norte y más largo del Dekan, donde, y en la comarca llamada Beran, se encontraba un Estado de Brahma con un gobierno sacerdotal. En la zona NE., hácia la costa y en los lugares llamados Orista, sobre el Malharada, contiene este territorio muchos templos y monumentos religiosos.

Sobre la costa Oriental del Dekhan (costa de Coromandel), donde hoy poseen los europeos ricos establecimientos comerciales (Madras, Pondicheri y otros), se encontraban en lo antiguo tres monarquías indias, de cuya grandeza atestiguan hoy los restos de las siete pagodas situadas á la costa del mar y cerca de la aldea Mahamalajapura; la costa Occidental, ocupada por la cordillera, el Ghat, comprendía cuatro estados brahamánicos, y entre ellos el territorio de costa llamado Kankara, en el cual, y sobre las islas Elefantina y Salselte, se elevan los más célebres templos de la India; también se nota el país de costa, Malabar con Kalikut. La India Meridional con la isla de la Canela, Ceilan (Taprobana), era por su feracidad y delicioso clima el objeto de los viajes comerciales.

En el país alto del Thibet, junto á las vertientes del Dsjihur y Gilun, habitaba en tiempos remotos un pueblo bien conformado de cuerpo y predispuesto para la cultura; era conocido por el nombre de Arios. Cuando un día este pueblo, siguiendo la inclinación natural de los pueblos pastores, abandonó el asiento pátrio, una parte de él fijó su domicilio en las tierras que se extienden al N. del Paropamiso (montes Hindukusch), conocidas en lo antiguo con los nombres de Sogdiana, Bactria, Hircania y Arachosia; otra parte pasó más adelante, y venciendo los puertos SO. de los mismos montes, pobló la tierra rica y feraz de la India. Los primeros, llamados también iránicos, llevan en la Historia el nombre de pueblo zend; este pueblo dejó pronto su estado y costumbres nómadas por el establecimiento de las castas; recibió bajo el sacerdote-rey Dsjemschid las instituciones y gobierno sacerdotal, y dió nacimiento con el tiempo á aquella religión dualista, de que ya hemos hablado, fundada en el

culto del sol y de los astros, apoyada en las observaciones astronómicas (religión de Zoroastro), y que, junto con su estado político, comunicó el pueblo zend á sus posteriores dominadores, los medos y los persas. Los segundos tomaron el nombre de la tierra que habitaban, su nombre propio de indos ó sanscritas, del nombre de su lengua. Los pobladores primitivos, más débiles y ménos dispuestos para la cultura, fueron unos aniquilados, otros reducidos á la esclavitud, y otros, como los rebeldes *párias*, se vieron expulsados del comercio civil, y abominados y perseguidos como casta impura. También los indos cambiaron pronto la vida nómada por el estado civil y constitución de castas, institución á que dieron el más decidido carácter. Esta clasificación y división, fundada en los ejercicios de la vida civil, tuvo el efecto por una parte de conservar inalterable el carácter nacional, y desenvolver la agricultura y las profesiones pacíficas; por otra parte, produjo el encadenamiento é inmovilidad de la vida civil, y cerró el pueblo indo á toda influencia exterior.

Por mucho tiempo fué un misterio para los europeos la vasta y fértil comarca formada por las dos ricas penínsulas del Ganges. La fuerza de las armas, la avidez de la conquista, los ponían en posesión de las ciudades y de los tesoros de los pueblos; pero encerrada en una impenetrable oscuridad, la vida moral y política de la India quedaba oculta para nosotros, y no era dable á nadie penetrar en el fondo. Su población es, sin embargo, una de las más curiosas de nuestro globo. Estrechada detrás de aquellas montañas, más bien ambicionada que sometida por los conquistadores del antiguo mundo, debe haber vivido muchos siglos en medio de su hermosa naturaleza, de sus inmutables instituciones. Todo en ella lleva el sello de cierta antigüedad. Por un lado, las castas, el lujo y civilización, que admiran y sorprenden; por otro, las inmensas y magníficas construcciones de ciudades enteras consagradas al culto bajo el título de templos ó *pagodas*, sólo comparables con los majestuosos edificios del Egipto y con los pomposos palacios de la Asiria, recuerdan, sin disputa, su antigüedad.



Después de la admirable perseverancia de los misioneros y sabios europeos, se ha llegado, en fuerza de trabajo y de ciencia, á rasgar el velo de ese santuario, objeto de la meditacion de tantos sabios.

La India recordaba aquel país del Norte, primera morada de sus mayores, el país de los *aryás*; pero no contenta con referirse á la cuna del género humano, reclamó, apoyada en sus libros sagrados, un más ilustre, ó al menos más antiguo origen. Si fuéramos á dar crédito al relato de sus dioses y de sus leyendas, sería indudablemente eterna; pero su eternidad es hija del tiempo, y su sabiduría hija del hombre, en cuanto se aparta de la ciencia revelada.

Conserva con religiosa y profunda veneracion, los libros que la divinidad ha legado á los indios. Himnos venerandos que se remontan á una antigüedad incontestable; poemas sagrados en los que se refieren los grandes hechos de los dioses y de los genios, las victorias de los héroes de la tierra y las numerosas encarnaciones del Dios conservador, *Vishnu*; códigos de leyes morales, de reglamentos políticos, de costumbres civiles; coleccion de observaciones astronómicas contenidas en los libros, que son todo para la India: religion, moral, política, administracion, culto, constitucion, ciencias y artes; todo emana de los *Vedas*, de los *Puranas*, de los *Sastras*, reunidos por el prudente y sabio *Vyasa*, el compilador (1). Una clase de sacerdotes, casta

(1) Hay cuatro vedas: *Rig-Veda*, *Sama-Veda*, *Athavada-Veda*, *Yadzur-Veda*. La antigüedad de los dos primeros es cierta; la del tercero y cuarto no está bien probada. Véanse Creutzer, traducido por Guigniaut, *Religion de la antigüedad*, t. I, segunda parte.—Cf. *Noticia sobre los Vedas*, por Calbrook, t. VIII, *De Asiatic researches*. Heeren, *Ideas sobre el comercio y la política de los pueblos de la antigüedad*, t. III; Mgr. Wiseman, *Discursos sobre las relaciones*, etc. Nosotros adoptamos en esto la opinion emitida por M. el Abate Bourgeat en su *Curso de historia de la filosofía*, publicado en el *Revue de la Universidad católica*, núm. 92, Agosto 1843, tomo XVI. Cf. los notables trabajos de M. Barthélemy-Saint-Hilaire.—Hay diez y ocho *Puranas*, colecciones en verso de leyendas sagradas sobre el origen de las cosas, los dioses y los héroes.—Los *Sastras* son los códigos de las leyes; el más antiguo y más ilustre, es el *Mhanava-Darma-Sastra*, Código de

de orgullo indomable, de un poderío sin igual, que rechaza inexorable toda idea de reforma, está encargada de la custodia de aquellos tesoros; solo ella los comenta, los explica y los adapta á las inteligencias.

Desde que el supremo Brahma, el eterno, *Baghavat*, el Dios preexistente á todas las cosas, se dignó componerlos; desde que Manu el creador, emanacion primera del sér superior, que ha legado el libro de la ley á *Muni Brighu*; los hombres santos, los *Maharchis*, los miembros de Brahma, los *Brahmanes*, en fin, instruyen y gobiernan á los pacíficos indios. ¿Cuál es el fundamento de su poder, el origen del imperio que ejercen sin participacion con las inteligencias? «La costumbre inmemorial, responderán con Manu; ella es la principal ley aprobada por la revelacion (*Sruti*) y la tradicion (*Smriti*).»

Pero, para ellos, la revelacion es la palabra de los vedas; la tradicion es la enseñanza perpétua de su casta. Queda la costumbre inmemorial; para hacerla tal, no han tenido más que embrollar los recuerdos de los hombres. La tradicion verdadera, la revelacion sagrada, de la que habian conservado algunos rasgos inefables, no les producía grandes ventajas ni honores. El error les valía más, y entonces, para darle crédito, le hicieron más antiguo que el mundo. Necesitaban millares de siglos para ocultar en ellos el origen de sus mentiras, y agobiaron la memoria humana con espacios incommensurables, si bien la India parece haber perdido toda idea de tiempos y épocas, haciendo tan prodigioso el caos de su cronología. No hay, por otra parte, más que oír los infinitos

las leyes de Manu. Tambien hay las *Upanishadas* ó *Upanek'hat*, que se componen de la parte teológica y filosófica de los Vedas (Pauthier, *Notas sobre Mhanava-Darma-Sastra*).—Los dos grandes poemas sagrados: el *Ramayana* y el *Mahabharata*.—Hay, por último, varios comentarios muy numerosos, tales como los *Angas* ó *Vedangas*, comentarios de los Vedas, los *Upangas* ó *Sus-Angas*, que comprenden los dos sistemas de filosofía *Nyaya* y *Mrinama*, y las *Leyes de Manu*; los *Uoa-Vedas*, que tratan de la medicina, del arte militar, de la música y de la arquitectura, y el *Kulluka-Bhastá*, comentario el más notable del Código de Manu. (Véase Pauthier, *op. cit.* Fr. Creutzer, *op. cit.* etc.).



cálculos de los brahmanes, y se ve uno como sorprendido.

El mundo ha tenido cuatro edades: la primera, el *Satya-Yuga*, que duró 1.728.000 años; la segunda, *Treta-Yuga*, 1.296.000; la tercera, *Dwapara-Yuga*, 864.000; todas estas edades no hacen más que un día de Brahma, y un año de Brahma tiene 31.053.640.000.000 de nuestros años, sin contar la edad actual; y el *Caly-Yuga*, que tiene 4.838 (1). A la cabeza de este agrupamiento de siglos se colocan los brahmanes, los hijos de la boca de Brahma antes de toda creacion.

En estas edades no se trata en realidad del hombre; apenas se hace mérito de las cosas creadas. Es el mundo invisible el que juega un gran papel; los ejércitos celestiales de los *Deiotas* (buenos genios) combaten con los rebeldes *Daints* (genios malhechores) (2). El sér increado, *Brihm*, *Puratna*, el indivisible, produce á *Bhavani*, y *Bhavani* triunfa de todas las dificultades y abate los malos genios. Es indudable que aquí hay para las imaginaciones romancescas de los orientales un magnífico campo.

Realizáronse grandes trasformaciones durante estas belicosas épocas. Libráronse crueles batallas entre los inmortales adversarios, á quienes el día siguiente veía renacer siempre llenos de un nuevo ardor; pero todo esto no tiene para la Historia más valor que el de las novelas y hechicerías de nuestros antepasados: y los *Djins* y los *Asparás* no comprometen tampoco la cronología mosaica que Viviana y Merlin no desmienten las fechas de la era cristiana.

Además, los brahmanes convienen en ello, y sin dar más importancia que ellos mismos á sus cálculos, que no tienen siquiera la disculpa

(1) Bentley ha ensayado reducir estas cuatro edades á proporciones históricas. Según él, el *Satya-Yuga*, edad de oro, comenzaba á los 3164 años antes de Jesucristo; la segunda, *Treta-Yuga*, edad de plata, á los 2204; la tercera, *Dwapara-Yuga*, edad de cobre, á los 1484; la cuarta, *Caly-Yuga*, edad de hierro, á los 1004. Otros hacen comenzar esta última, la única histórica, en 1300 antes de Jesucristo; otros en 3000, y esto nos parece más probable.

(2) D. Polier, *Mitología de los indios*.

de fundarse sobre períodos arbitrarios de astronomía, reconoceríamos con ellos que antes del principio del *Caly-Yuga* de la cuarta edad, de la edad actual, no hay nada de cierto, ni aun bajo el concepto de la existencia del mundo terrestre.

Tomemos, pues, este término, y veamos lo que la ciencia moderna puede enseñarnos de aquella edad, que no se remonta más allá de los 3000 años antes de Jesucristo (1).

¿Cuál fué la primitiva poblacion de aquellas hermosas y poéticas comarcas? ¿Qué dicen sobre este asunto las más antiguas, aunque más vagas tradiciones, esclarecidas por las inducciones de la ciencia moderna?

El pueblo cuyos recuerdos fueron mejor conservados, el pueblo conquistador cuya marcha sigue el curso de las edades, y cuya existencia está profundamente grabada en las creencias y en las costumbres, es el pueblo *Aryá*, el mismo que hemos considerado como tronco de las naciones extendidas desde las alturas de la península del Ganges hasta las extremidades de la Europa Occidental, y quizás hasta la Irlanda.

Sería por los siglos XIV al XV antes de Jesucristo (2), cuando las tribus aryanas, abandonando las comarcas de la Sogdiana y de la Bactriana (3), se dirigían hácia las regiones que llaman *Septasindú*, la «tierra de los siete rios, la Heptapotamia,» y que reducida posteriormente, llevó el nombre, que aún conserva, de *Pançapa* ó *Panjáb*, los «cinco rios.»

¿Pero estaban antes habitadas la vasta península y tierras que la dominan? Claro está que no, porque los aryás se presentan como

(1) «Los hechos probados no se remontan, á lo más, al año 1000 de la era vulgar,» dice el sabio Cantú, *Historia Universal*, t. I.

(2) Es el pensamiento de M. Emilio Burnouf, en su muy curiosa y erudita obra *Comentarios sobre el Veda*, 1863. Sin aceptar todos los datos, especialmente las conclusiones de esta obra, nos complacemos en reconocer que contiene el estudio más completo sobre el Veda, y que en este libro sagrado el sabio citado ha sabido en verdad indagar el origen de todo un pueblo.

(3) La fuente de *Çugda* y de *Bagdi* (Sogdos y Bagtros) como dicen los himnos del Veda.



conquistadores y como pobladores. Por la fuerza han penetrado en las regiones que su superioridad ha sometido; han encontrado pueblos que les han servido de esclavos ó que han sido expulsados delante.

Pueblos «negros» y «amarillos» son hombres de raza inferior, de «cara de toro, nariz chata y cabeza comprimida.» No carecían, ni de artes, ni de tesoros, ni de civilizaciones; ricos en ganados, dados á la agricultura, poseían bastantes nociones de industria, trabajaban el oro, hierro y demás metales, recorrían su país en carros y adornaban sus cuerpos con brillantes aderezos. Están destinados á ser la presa de los «valientes;» y sus intrépidos conquistadores no hablan de ellos más que con desprecio y desden. Es el sentimiento de «Helena en presencia del bárbaro (1);» es el sentimiento de toda la raza jafética con relación á las otras dos; el imperio le pertenece por derecho de inteligencia.

Estos indígenas son los *Dasyus*, y bajo esta denominación genérica van comprendidos todos los hombres de color más ó menos oscuro que ocupan todavía el Oriente de Asia (2). Son los ascendientes de aquellas familias amarillas y negras que se hallan en el Tibet, en la China y en los archipiélagos. ¿De dónde procedían? ¿Acaso á los caracteres que hemos enumerado, no anunciarán las primeras separaciones del tronco camítico, el que parece desde luego haber cubierto los más vastos espacios del globo para explicar por doquiera la esclavitud predicha por Noé á su hijo maldito?

Tal es, pues, la raza de los *dasyus*, á quienes los *aryás*, descendientes de Jafet, van á despojarles de sus fecundas vacas, de sus abundantes cosechas, de sus preciosas joyas, robándoles asimismo la propiedad, la patria y la misma libertad. ¡Dichosos aquellos que sean lan-

(1) «No es justo que el bárbaro le lleve sobre Helena,» decían los griegos, y Platon, como hace observar M. Burnouf, presenta la teoría de esta supremacía y dió las señales físicas con las que se podía reconocerla.

(2) Más tarde, y en la época brahmítica, estas razas se llamarán *monos*, y serán tratadas como animales.

zados á las inaccesibles montañas! Salvarán al ménos su independencia y su vida.

A esta primera ocupación, que se pierde en la noche de los tiempos, y que viene á impedir cruel conquista, va á suceder la dominación de los «dueños,» de los «señores,» de los «nobles» (1). Los *aryás* no son tan hábiles en las obras de la materia como los vencidos. Pero creen en su preponderancia intelectual, en el poder de su brazo y más aún en el poderío de su espíritu; creen sobre todo en su supremacía doctrinal. Su invasión es una invasión religiosa. Imponen sus creencias, sus símbolos y su divinidad. En nombre de esta divinidad, en nombre del más noble derecho, más bien que por el derecho de la fuerza, subyugan á sus enemigos, con quienes no harían alianza ni siquiera por la sangre, porque la ley religiosa, guardiana de la aristocracia de los «blancos,» prohibirá toda unión con los «amarillos» y con los «negros» (2).

¡Pueblo verdaderamente notable es el pueblo de los *aryás*, y sobre el cual desgraciadamente no nos quedan más que algunos datos muy inciertos (3)! Recojamos estos datos con esmero

(1) «La palabra *arya* siempre ha tenido en la India el sentido de noble; la palabra *chere* de los alemanes, que en antigua lengua alemana se escribía *ere*, parece significar lo mismo que la palabra *arya*, y tener el mismo significado que ella. Bajo la forma primitiva se la encuentra probablemente en el nombre del héroe alemán *Herman*, que los romanos llamaban *Arminius*.» (Emilio Burnouf, *op. cit.*)

(2) M. Emilio Burnouf, *op. cit.*, p. 2.

(3) La reconstitución, y podríamos decir el descubrimiento, de los elementos tradicionales que hacen renacer para nosotros á los *aryas*, son una de las más interesantes obras de la ciencia contemporánea. Con ayuda de la filología y de lo que se ha llamado «paleontología filológica,» han llegado á encontrar los hombres eruditos, con grande paciencia y singular perspicacia, las raíces primitivas y comunes de todos los idiomas indo-europeos, y á establecer así el vínculo primitivo que une el *zenda*, primera lengua médica y persa, la lengua del *Avesta*, libro sagrado de los *aryas* del Irán, con el *sanscrito*, la primera lengua india, la lengua del *Veda*, libro sagrado de los *aryas* indios.

«La lengua del *Avesta*, dice M. Emilio Burnouf, tiene tanta analogía con la lengua védica como el italiano con el español.» Del *zenda* y del *sanscrito*, ó más bien del lenguaje que ha sido su tronco común, se han derivado todas las lenguas greco-latinas y to-



y respeto, porque pertenecen á una raza en la que contamos nuestros ascendientes.

La raza arya está caracterizada por la blancura de su piel, el vello fino que la cubre, las buenas facciones de su semblante, su nariz recta, ángulo facial abierto, su talla arrogante, de expresión afable, de viva y penetrante mirada; siendo aún más caracterizada por la prontitud y elevación de su espíritu, la osadía de su pensamiento, y sobre todo por la profundidad de sus creencias religiosas, el fausto y poesía de sus ritos, de sus ceremonias y de sus cantos sagrados.

Esta raza ha sobrevivido casi exclusivamente en el libro de sus *Himnos*, en el *Veda*, obra de más de trescientos poetas, cuyas rapsodias

das las germánicas. «Es incontestable, añade el mismo sábio, que una multitud de palabras usadas en Occidente son aryanas, sea que procedan de las greco-latinas, ya se refieran al tronco germánico, ó ya provengan de una antigua emigración, anterior á los mismos pelasgos.» Establecido este extremo, los profundos estudios que se han hecho sobre el *Veda* y el *Avesta*, y las relaciones de las tradiciones históricas, así como también las indicaciones geográficas, han dado poco á poco nociones muy curiosas, y de una probabilidad próxima á la verdad, para la determinación de los orígenes, de las emigraciones, de las creencias, de las costumbres y de la constitución interior de los pueblos. Es el resultado de los estudios que nosotros hemos condensado aquí, adoptando lo que nos parece más auténtico y más seguro, y dejando á un lado lo que es conjeturable y contrario á la verdadera crítica.

La gloria de estas investigaciones, que aún tienen que desarrollarse, y que abren un vasto campo al saber humano, se debe en su inmensa mayoría al nunca bien ponderado y de eterna memoria, M. Eugenio Burnouf, y á su digno heredero M. Emilio Burnouf, y después á M. Pictet, en su libro, cuya justa alabanza queda ya hecha, y que nos parece ser á toda prueba un libro de primer orden: *Los orígenes indo-europeos*, ó *los Aryas primitivos* (dos volúmenes; de ellos, el último vió la luz pública el 1863). Citaremos también, entre los que se han distinguido sobre puntos tan oscuros y tan curiosos, á M. Lassen, M. Castren, M. Max. Müller, M. Schott, etc. M. Vivien de San Martín ha analizado algunos de sus trabajos en el *Anuario geográfico* (1863). Aprovechemos esta ocasión para tributar el justo homenaje á los esforzados y excelentes trabajos de la escuela de Nancy, á la cual pertenece M. Emilio Burnouf, quien, bajo el impulso del barón Guérrier de Dumast y la colaboración de M. Leupel y otros, se ha propuesto el noble fin de bosquejar el *orientalismo clásico*, y á no dudar, esperamos lo llegará á conseguir.

venerandas se transmitían de memoria y estaban confiadas únicamente al recuerdo de las familias, y escritas más tarde, conservaron el depósito de lo que nos resta de la Historia y de las instituciones de un período de varios siglos.

Durante este período *védico*, los *aryás* nos presentan tribus organizadas con una especie de feudalidad militar. Los reyes herederos del poder patriarcal poseen en ciertos lugares la doble autoridad del sacerdocio y del mando; son á la vez *brahmas* y *rajas*. Por otra parte, no tienen más que el poder de su espada; son jefes guerreros llenos de «splendor, de bravura (1) y de riqueza;» son los primeros, los más ilustres, los más favorecidos por la fortuna entre los *Xattriyás*, «los fuertes» (2). A ellos se debe la defensa del suelo que han conquistado y el empuje y dirección de los guerreros. Esta autoridad real es hereditaria y pasa de padres á hijos, juntamente con la fortaleza que hay sobre la colina (*pura*) (3), y el tesoro que constituye el botín de los vencidos y el tributo de los esclavos. El *raja* sucede á la autoridad paternal en el ejército (*séna*), que ha llevado al combate sobre la población que le rodea y de la cual él es su «protector» (*naíta*) y su «dueño» (*vicpatis*) (4). Con frecuencia, al amparo de su espada, se suelen agrupar otros reyes y otros príncipes, y entonces él ejercía una especie de dominio ó soberanía sobre sus iguales; se hace el gran rey, *maharaja*. Dicen de él los himnos que era terrible; montado sobre su elefante ó sobre su carro dorado, lleva el turbante en su frente y la tiara sobre su cabeza, en medio de su cortejo de valientes, brilla por las pedrerías de su aljaba, de su arco y de su armadura. Detrás de él van algunos ginetes é infantes. Es fiel á su honor y no se presenta sino de frente (5). El poder es de derecho divino, según el *Veda*, y su derecho, que sube hasta el Creador, recibe además la sanción religiosa por

(1) *Raja* viene de *raj*, brillar, y quiere también decir *rico*. (Emilio Burnouf.)

(2) *Xattriya* viene de *xattra*, fuerza. Id., *ibid.*

(3) En griego *polis*, en alemán *burg*. Id., *ibid.*

(4) *Vicpatis*, déspotas; en griego, *dueño ó rey*.

(5) Esta pintura está tomada de Emilio Burnouf. *Ensayo sobre el Veda*, pág. 234.